

## Retrato de un joven poeta / Dulce Maria Cardoso

Â  
Â Â Â Â Â EstÃ¡n cerca  
Â Â Â Â Â demasiado cerca  
Â Â Â Â Â Â No logran distinguir en...  
Â Â Â Â Â Â (iba a decir, en nosotros)  
Â Â Â Â Â Â No logran distinguir en mÃ¡-  
Â Â Â Â Â Â un cuerpo  
Â Â Â Â Â Â un solo cuerpo  
Â Â Â Â Â Â entrelazado sobre sÃ­ mismo  
Â Â Â Â Â Â Este cuerpo  
Â Â Â Â Â Â que todos nombran en plural Hasta nosotros.

Â

La vieja abriÃ³ el grifo, tapÃ³ la rejilla y se quedÃ³ viendo que el agua llenara la baÃ±era. Cuando el cuarto de baÃ±o ya era una nube, se despojÃ³ de la bata y se acostÃ³ de forma que los pies quedaran debajo del agua que corrÃ­a todavÃ­a. Cuando la baÃ±era ya estaba llena, cerrÃ³ el grifo. ComenzÃ³ a cantar dentro de una nube de oro porque el sol al pasar el cristal doraba las gotas de agua que brillaban por todas partes. CantÃ³ durante mucho tiempo. No pensÃ³ en nada.  
Â Â Â Â Â El perro empujÃ³ la puerta y entrÃ³. La puerta abierta dejaba huir la nube dorada, lo que molestaba a la vieja. PodÃ­a levantarse y cerrar la puerta, pero nunca lo hacÃ­a. El perro se acercÃ³. Llevaba en la boca un buen pedazo de carne que dejÃ³ caer al suelo, justo al lado de la baÃ±era. La vieja le dio una palmadita en la cabeza. El perro sacudiÃ³ la cola y luego se acostÃ³ cerca del pedazo de carne. ParecÃ­a satisfecho, pero nadie puede garantizar lo que siente un perro.

Â Â Â Â Â La vieja y el perro se quedaron asÃ­ hasta que la nube dorada dio paso a la primavera que venÃ­a de afuera. Cuando la luz de la maÃ±ana se apoderÃ³ de todo, la vieja se levantÃ³ y sin secarse se puso la bata de flores del color que iba bien con el dÃ­a. La vieja destapÃ³ la rejilla y el agua se escurriÃ³ con un ruido agradable. El agua desaparecÃ­a siempre con mucha prisa, y los gestos de la vieja eran cada vez mÃ¡s lentos. La vieja sabÃ­a que ningÃºn esfuerzo era capaz de domar el tiempo. A lo largo de la vida, la vieja supo muchas cosas que sÃ³lo la confundÃ­an a diario, por eso querÃ­a olvidarse de todo. Y ya no le faltaba mucho.

Â Â Â Â Â Se agachÃ³ para ver mejor el pedazo de carne que estaba cerca del perro. Como la vieja agitaba el pedazo de carne, el perro abriÃ³ los ojos y sacudiÃ³ otra vez la cola. Para agradecer al perro, la vieja le dio una palmadita en el lomo.

Â Â Â Â Â Frente al espejo, la vieja se pasÃ³ las manos por el pelo que, fino y ceniciento, le cubrÃ­a toda la espalda. Una especie de cola que todas las maÃ±anas peinaba, lentamente, con el cepillo de plata. DespuÃ©s los dedos, flacos y arrugados, hacÃ­an un moÃ±o. La vieja mirÃ³ los ojos que estaban en el espejo y una vez mÃ¡s tuvo la sensaciÃ³n de no conocerlos. HacÃ­a mucho tiempo que los ojos del espejo no le parecÃ­an ser los suyos, ya que veÃ­an cosas diferentes, si es que eso se puede explicar tan fÃ¡cilmente. SentÃ­a que los ojos desconocidos veÃ­an otra cara, que ni siquiera era la de las fotografÃ­as de la sala. Una cara que la vieja nunca habÃ­a visto. Se podÃ­a incomodar con esa pequeÃ±a diferencia entre lo que veÃ­a y lo que los otros ojos que veÃ­a en el espejo veÃ­an, pero la vieja aÃºn sabÃ­a que los malentendidos siempre se resolvÃ­an con el tiempo.

Â Â Â Â Â Con un lÃ¡piz trazÃ³ dos rayas negras en los pÃ¡rpados. La mano de la vieja temblaba mucho, pero las rayas en los pÃ¡rpados quedaban perfectas. CubriÃ³ las arrugas de la cara y las mejillas reseca con rubor y pintÃ³ los labios con un color que recordaba el dulce de cerezas, lo que le hacÃ­a agua la boca. El perro dormÃ­a otra vez. Como despertaba muy temprano, cuando regresaba de la calle aprovechaba todos los instantes libres para descansar.

Â Â Â Â Â La vieja fue a la habitaciÃ³n y el perro continuÃ³ durmiendo. No formaba parte del encanto ni de los hÃ¡bitos del perro seguir a la vieja. En el cuarto, a la vieja le tomÃ³ mucho tiempo elegir un vestido entre los que estaban colgados en el armario. Cuando decidiÃ³ que querÃ­a usar el vestido azul celeste con volantes ribeteados e innumerables bordados, la vieja abriÃ³ otro guardarropa y se demorÃ³ escogiendo los zapatos. DespuÃ©s, dentro del vestido azul celeste, que por demasiado grande le bailaba en el cuerpo, la vieja se calzÃ³ los zapatos de charol negro y de tacÃ³n alto y se puso un perfume muy intenso. En el baÃ±o el perro estornudÃ³. La vieja sabÃ­a que el perro no soportaba los perfumes y tambiÃ©n sabÃ­a que la cohabitaciÃ³n es un asunto complicado. Todo eso la vieja lo sabÃ­a sin desearlo.

Â Â Â Â Â Despertado por el perfume, el perro se desperezÃ³, estirando las patas delanteras. Se quedÃ³ asÃ­ mientras el cuerpo soportÃ³ ese esfuerzo y luego se dejÃ³ caer de nuevo en el suelo. Le picÃ³ una oreja y empezÃ³ a lamerse la barriga. La lengua Ã¡spera raspaba y raspaba la piel de la barriga, que debÃ­a de estar sucia o saber bien. La vieja no sabÃ­a con certeza lo que movÃ­a al perro, y nadie lo puede saber.

Â Â Â Â Â La vieja regresÃ³ al baÃ±o, tomÃ³ el pedazo de carne y empezÃ³ a cruzar el pasillo sin molestarle las gotas de sangre que le salpicaban el vestido y se juntaban a las manchas que el vestido ya tenÃ­a en todas partes. El perro se puso a lamer, aparentemente con el mismo entusiasmo, la sangre que el pedazo de carne dejaba en el suelo.

Â Â Â Â Â La casa era muy grande. Inhabitable para una vieja y un perro. Los tacones altos hacÃ­an un ruido especial en el suelo de madera, y era por eso que a la vieja le gustaba usarlos.

Â Â Â Â Â Las dos primeras puertas que daban al corredor estaban cerradas. La tercera estaba abierta. La vieja entrÃ³ y sus

ojos empezaron a adaptarse a la oscuridad. Cuando ya podÃ­a ver, buscÃ³ el clavo que se habÃ­a quedado ahÃ­. Lo cogiÃ³ y raspÃ³ una lÃ­nea en el suelo. Una pequeÃ±a lÃ­nea al lado de muchas otras que ya estaban allÃ­. En breve tambiÃ©n aquella divisiÃ³n se llenarÃ­a, y cuando eso sucediera la vieja la cerrarÃ­a como habÃ­a hecho con las dos divisiones anteriores.

Â Â Â Â Â Ya en la cocina, la vieja puso el pedazo de carne en la mesa y se sentÃ³ a descansar. SonriÃ³ al oÃ­r las patas del perro que hacÃ­an un ruido cÃ³mico en el suelo de madera. Si mirara hacia afuera, podrÃ­a ver una gran parte de la ciudad, pero la vieja nunca miraba. Incluso a lo lejos, como ahora le parecÃ­a, la ciudad le asqueaba. Aun asÃ­, tan lejos, donde todo se vuelve perfecto.

Â Â Â Â Â La puerta de la cocina, que daba al balcÃ³n, estaba abierta, como siempre. Era por allÃ­ que el perro salÃ­a cuando querÃ­a o necesitaba, ya que por el otro lado de la casa no podÃ­a hacerlo. HacÃ­a mucho que esa puerta estaba cerrada. La vieja sabÃ­a que antes habÃ­a salido y entrado por aquella puerta y que habÃ­a dejado de hacerlo. No sabÃ­a desde cuÃ¡ndo, mucho menos por quÃ©. De eso la vieja habÃ­a logrado olvidarse. Tampoco sabÃ­a desde cuÃ¡ndo rasguÃ±aba lÃ­neas en el suelo. Si las contara, la vieja podrÃ­a saber que habÃ­an pasado tres aÃ±os, diez meses y veintiocho dÃ­as. Pero la vieja nunca harÃ­a esas cuentas. Si alguien se lo preguntara, la vieja tampoco sabrÃ­a explicar por quÃ© hacÃ­a eso. Pero nadie le preguntaba nada. La vieja no se acordaba bien de cuÃ¡ndo le habÃ­an hecho la Ãºltima pregunta; tal vez hubiera sido el carnicero del mercado cuando subiÃ³ los seis pisos del edificio y se puso a gritar bajo la claraboya: Â«Quiere que pierda la cabeza, eso es lo que quiereÂ». Tal vez hubiera sido Ã©sa la Ãºltima pregunta que oyÃ³, a pesar de no poder jurarlo. La vieja no abriÃ³ la puerta ni respondiÃ³; ya habÃ­a decidido nunca mÃ¡s abrir la puerta y nunca mÃ¡s responderle a nadie. Si aÃºn no lo hubiera decidido, tampoco sabrÃ­a quÃ© responder al carnicero que la amenazÃ³ desde el rellano. Las amenazas redoblaron hasta que la luz implacable de la claraboya las silenciÃ³; nada podÃ­a sobrevivir a la luz implacable de la claraboya, de eso todavÃ­a se acordaba la vieja. DespuÃ©s del carnicero, nunca mÃ¡s nadie subiÃ³ los seis pisos para hacer preguntas, o la vieja ya no se acordaba, y por eso se preguntaba si el carnicero consentÃ­a que el perro lo robara y hasta se conmovÃ­a con eso.

Â Â Â Â Â El perro cruzÃ³ la puerta de la cocina, saliÃ³ al balcÃ³n y puso la nariz en lo que quedaba de una paloma muerta que habÃ­a traÃ­do dÃ­as atrÃ¡s. Se desinteresÃ³ de la carne podrida y bajÃ³ las escaleras. Por su relajo, se percibÃ­a que no tenÃ­a miedo de que la escalera de incendio oxidada se desplomara. La vieja tampoco, sÃ³lo que el cuerpo ya no le permitÃ­a bajar mÃ¡s de dos pisos.

Â Â Â Â Â La vieja llenÃ³ de agua una olla que estaba en la estufa y arrojÃ³ en ella el pedazo de carne. Lamentaba no poder robar algo para comerlo con la carne, al menos un puÃ±ado de sal para cocerla. AÃºn le gustaba mucho el sabor de la sal; algunas cosas le costaba mÃ¡s olvidarlas que otras.

Â Â Â Â Â Si pudiera, la vieja irÃ­a hasta la cocina del primer piso donde siempre habÃ­a encontrado cosas buenas. En cuanto pudo, fue a buscar comida a las otras casas y para ello bastaba empujar las puertas de madera. TambiÃ©n recogÃ­a la fruta de la media docena de Ã¡rboles que habÃ­a en el patio cercado, donde desembocaba la escalera de incendios. Mientras pudo, la vieja subiÃ³ y bajÃ³ esa escalera sin nunca haber traspasado la puerta oxidada del patio trasero. El perro sabÃ­a que no tenÃ­a nada que hacer en la ciudad. En el invierno era todo mÃ¡s difÃ­cil, pero podÃ­an contar siempre con las palomas, que el perro capturaba como nadie. Y hasta eran sabrosas, o al menos la vieja ya se habÃ­a acostumbrado a que le gustara la carne de las palomas.

Â Â Â Â Â Cuando el perro regresÃ³ a la cocina, ya olÃ­a la carne cocida. Porque subiÃ³ corriendo la escalera de incendio, el perro jadeaba. La vieja se sentÃ³ a la mesa de la cocina, el perro se acercÃ³ y llevaba consigo el olor de la hierba y de la tierra mojada. La vieja puso la cara en el lomo del perro. TodavÃ­a extraÃ±aba algunas cosas de allÃ­ afuera.

Â Â Â Â Â Cocida ya la carne, era momento de comerla, y para eso vieja y perro tenÃ­an reglas. Porque podÃ­a comer en la calle, el perro nunca pedÃ­a nada de lo que llevaba a la vieja. Si ella no comÃ­a a todo, el perro aceptaba los restos, si le apetecÃ­a. Esta regla, entre otras, les permitÃ­a compartir la vida. El perro se acostaba debajo de la mesa mientras la vieja comÃ­a. La falta de dientes la obligaba a usar cubiertos, pero eso no le producÃ­a placer como llenar la baÃ±era o cepillarse el cabello. Cada vez le resultaba mÃ¡s difÃ­cil aceptar lo que sÃ³lo la necesidad justificaba.

Â Â Â Â Â La vieja comiÃ³ hasta sentirse saciada y despuÃ©s le dio los restos al perro, que no los rechazÃ³. Alimentados, podÃ­an hacer lo que quisieran. La vieja saliÃ³ de la cocina, cruzÃ³ el largo pasillo, y un aire de fiesta se apoderÃ³ de la casa, los tacones altos, el perfume, el vestido largo, la vieja no sabÃ­a con certeza lo que era. Pero una fiesta se acepta siempre, aprendiÃ³ la vieja ya recluida, y todo lo que habÃ­a aprendido en esa condiciÃ³n era mÃ¡s verdadero que todo lo que antes habÃ­a aprendido.

Â Â Â Â Â EntrÃ³ a la sala grande que tenÃ­a ventanas altas. De tan sucios, los vidrios no dejaban que la vieja viera el otro lado de la calle. Eso si la vieja quisiera, lo que era improbable. Se sentÃ³ en un sillÃ³n y el perro, cuando la vio sentarse, se dirigiÃ³ con pereza al otro. SubiÃ³ las patas delanteras y luego, lentamente, alzÃ³ las de atrÃ¡s, se enroscÃ³ y se durmiÃ³.

Â Â Â Â Â Sentada en el sillÃ³n, que a pesar de los muelles gastados aÃºn era cÃ³modo, la vieja mirÃ³ al perro adorado y asÃ­ se quedÃ³ durante mucho tiempo. Tal vez pensando. No captaba mucho lo que pasaba por su cabeza y envidiaba al perro, a quien no se le habÃ­a dado, ni Ã©l lo merecÃ­a, el martirio de pensar. PodÃ­a decirle esto al perro, pero ni a la vieja ni al perro les gustaba hablar y, por lo demÃ¡s, ni lo sabÃ­an.

Â

En la maÃ±ana en que, por la lectura de las lÃ­neas, se sabrÃ­a que habÃ­an pasado otros dos aÃ±os, siete meses y once dÃ­as, la vieja ya habÃ­a cerrado otras tres de las puertas que daban al pasillo.

Â Â Â Â Â La vieja abriÃ³ el grifo, tapÃ³ la rejilla y volviÃ³ a llenar la baÃ±era. Cuando el baÃ±o ya era una nube, se despojÃ³ la bata y se metiÃ³ al agua. Cuando Ã©sta ya no cabÃ­a en la baÃ±era, la vieja cerrÃ³ el grifo. EmpezÃ³ a cantar dentro de

la nube de leche, porque la niebla de allá afuera se pegaba al cristal y empañaba las gotas de agua. Cantaba durante mucho tiempo. No pensaba en nada.

El perro empujó la puerta y entró. La puerta se quedó abierta, lo que seguía molestando a la vieja; los problemas de la cohabitación son insolubles incluso para los compañeros más felices. La nube de leche huía rápidamente por la puerta, pero la vieja no hizo nada para impedirlo. El perro se acercó a la bañera. Traía en la boca un pedazo de carne que dejó caer al suelo. La vieja le dio una palmadita en la cabeza, el perro sacudió la cola y se acostó cerca del pedazo de carne. Parecía satisfecho, pero nadie puede garantizar lo que siente un perro.

La vieja y el perro se quedaron así hasta que la luz de la mañana de invierno se apoderó de ellos. La vieja se levantó y sin secarse se puso la bata de flores coloridas que no iban bien con el día. La vieja destapó la rejilla de la bañera, y a pesar de que sus gestos eran cada vez más lentos, el agua seguía desapareciendo rápidamente con un ruido agradable. No había manera de que la vieja dejara de saber que nada domaba el tiempo. La vieja había logrado olvidarse de muchas cosas que sólo la confundían a diario, pero aún se acordaba de otras tantas. Iban a faltarle siempre muchas cosas que olvidar.

La vieja se agachó para ver mejor el pedazo de carne que estaba junto al perro. El perro ya no le robaba al carnicero del mercado. El carnicero se había hartado de eso, el perro había desistido de eso, o simplemente todo tiene un fin, tarde o temprano. Como la vieja agitaba el pedazo de carne, el perro abrió los ojos y sacudió la cola. Al tomar el pedazo de carne, la vieja vio que era la pierna de un bebé. Una pierna rechoncha que terminaba en un pie gordo con cinco dedos perfectos. Todo eso todavía se podía ver, a pesar de la sangre.

El perro esperaba que la vieja le agradeciera con una palmadita para poder dormir. Debería costarle cada vez más ir todos los días en busca de alimento, pero nadie puede decir con certeza lo que un perro es capaz. La vieja miraba la pierna del bebé y el perro esperaba la palmadita. Los gestos son muy importantes. Ninguna vez el perro llevó alimento sin que la vieja le hubiera agradecido. La importancia de un gesto está siempre en la repetición; un gesto aislado puede muy bien no tener sentido. La vieja colocó el pedazo de carne en el suelo y pasó la mano por el lomo del perro, que sacudió la cola y cerró los ojos.

Por ya no tener que hacer, hacía mucho que la vieja había dejado de trazarse líneas negras en los párpados, de cubrirse las mejillas resacas con rubor. Se tardaba cada vez más en peinar la cola plateada con el cepillo de plata y hacer un moño; sólo que esa mañana no fue así y eso la vieja nunca supo explicarlo. Cuando miró al espejo, reconoció los ojos que la veían como suyos y todos los gestos ganaron una prisa desusada. Sin peinarse, se dirigió a la habitación y abrió el armario, de donde sacó el vestido gris, el más caliente que tenía. Calzó unos zapatos de tacón alto que ya casi no tenían suelas y salió de la habitación. Los perfumes también se habían terminado, para alivio del perro, que dormía en el baño.

Como la vieja cruzaba el pasillo sin llevar el pedazo de carne, el perro se levantó, atento. La vieja pasó las cinco puertas que ya estaban cerradas y entró por la sexta. La casa era enorme. Inhabitable. Acostumbró los ojos a la oscuridad y cogió el clavo. Como la vieja había dejado el pedazo de carne en el baño, el perro aullaba. La vieja no fue capaz de añadir una línea a aquellas que llenaban una parte de ese suelo de madera.

Cuando la vieja volvió al pasillo, el perro la esperaba con el pedazo de carne. La vieja lo abrazó durante mucho tiempo. Luego tomó el pedazo de carne y lo llevó a la cocina. Llenó con agua la olla que estaba en la estufa y allí arrojó el pedazo de carne.

De un momento a otro, unas voces subieron furiosas por la escalera, lo que hizo que el perro se acercara a la puerta que nunca estaba abierta. La vieja lo siguió. Las voces se acercaban y eran cada vez más fuertes. Alcanzaron la puerta. Con unos puñetazos sacudieron la portera, el perro empezó a ladrar. La vieja confió en la luz implacable de la claraboya que mataba todo lo que allí se dejaba. Nunca una planta había sobrevivido en ese rellano. La puerta vibraba cada vez más. La vieja se dejó caer al suelo del pasillo y se agarró del perro, que no paraba de ladrar.

Allí afuera las voces no se callaban. La vieja las oía claramente, pero no las entendía. La luz de la claraboya nada podía contra las voces que querían echar abajo la puerta. La vieja arrastró al perro lejos de la puerta, hacia la escalera de incendios. Cuando ya estaban en la cocina, unas voces subieron también la escalera de incendios. Vieja y perro estaban atrapados en el pasillo.

La puerta que nunca estaba abierta cedió, hombres y mujeres entraron. Vieja y perro seguían agarrándose mutuamente. Un cuerpo, un solo cuerpo, entrelazado sobre sí mismo. El perro ladraba siempre. Unas voces entraron por la puerta de la cocina y se mezclaron con las que habían entrado por la puerta que nunca estaba abierta. Voces y manos en todas partes. Un grupo hizo una barrera por un lado, el otro hizo una barrera al lado opuesto; el pasillo quedó de repente pequeño, muy pequeño.

Un hombre se acercó con una manta muy grande que lanzó sobre el perro. Otro hombre tenía otra manta que también lanzó sobre el perro. La vieja se agarró más del perro, pero voces y manos fueron más fuertes y se lo arrebataron. El perro ladró hasta que las mantas se llenaron de sangre. La vieja cerró los ojos. Cuando el silencio se apoderó de todo, los abrió. Voces y manos habían desaparecido. El cuerpo del perro manchaba de sangre un montón de mantas en medio del pasillo. Aunque no lo supiera, la vieja había empezado a llorar. Traducción del portugués de Renato Sandoval Bacigalupo